

EL PLEBEYISMO EN CUBA

Hay una forma de expresión escrita en nuestro idioma castellano que se distingue por la belleza, elegancia, cultura y refinamiento de las palabras y frases empleadas, por la acertada construcción de la cláusula y por su contenido general, que sólo manejan los buenos escritores, los que saben hacer las delicias del público a quien se dirigen, el cual gusta de solazarse saboreando y asimilando la buena lectura y recreándose con la exquisitez de una dicción esmerada. Es el lenguaje que llamamos *literario*, propio también de los buenos oradores, ya que a unos y otros les presta esas bellísimas formas para que se produzcan en tono algo más elevado que el usual o corriente, tomando del idioma las palabras más selectas, las que no se deben ni pueden usar en todo momento, sino que, como los indumentos de las personas, demandan las ocasiones más propicias que así lo requieran. Tal forma de lenguaje, que se ofrece generalmente escrito, resultaría del todo impropio y hasta luciría ridículo si quisiéramos expresarlo oralmente —fuera de la oratoria— aún en boca de la gente más ilustrada.

Fuera del puramente literario, existe la otra forma de lenguaje que llamamos *vulgar*, o sea el de la conversación ordinaria de que nos valemos constantemente, el que hablamos a todas horas y que tiene, a diferencia del anterior, mayor empleo oral que escrito, aunque son esas las dos formas de su uso; y que si bien tiene sus altibajos en la elocución, no admite el empleo de palabras y frases altisonantes, rebuscadas ni de extraña o rara significación.

Y hay también una tercera manera de expresión puramente oral en nuestro idioma castellano, donde los filólogos han buceado menos que las otras dos maneras anteriores con motivo del estudio del len-

guaje del pueblo en todas partes, particularmente del nuestro en la isla de Cuba, al cual nos vamos a referir con especial interés por tratarse del fin que nos proponemos en este trabajo. Es el lenguaje *plebeyo*, o de los plebeyos.

Aun cuando las palabras del idioma pertenecen a todos los que quieran usarlas, a las comunidades de una habla común, ellas tienen su oportunidad para salir a flor de labios o para deslizarse a través de la pluma, sin más límites que los que a sí mismo se impongan los usuarios escogiendo libremente su modo de expresarse en cada caso conforme lo exijan el medio y el instante en que hayan de producirse, e to es, de acuerdo con las circunstancias. Es bien sabido que una misma persona, sea culta, sea de mediano conocimientos, sabe escoger su forma de lenguaje para usar en el seno de la familia, en la calle con los amigos o extraños, en la tribuna pública si a ella llegare, o explicando en su cátedra como profesor, y a sí mismo se esfuerza por ella para producir en cada caso el lenguaje más adecuado, tratando de quedar bien cuando sabe que le escuchan determinadas personas, o determinado público más o menos selecto.

Refiriéndonos nuevamente a la última de las formas de expresión apuntadas, oral y hablada y nunca escrita, diremos de ella que es el lenguaje habitual, espontáneo e indecoroso de las clases más humildes de la sociedad, corrompida hasta el exceso, que está formado especialmente de vocablos y expresiones bajos y soeces, que son los que sazonan su conversación cotidiana. No cuadra exactamente llamar meramente *humildes* a estas clases de la sociedad que de ordinario usan tales modos de decir impropios, y más que impropios, *indecentes*, sino clases *bajas*, cuyo mejor calificativo aplicable es el de *plebeyas*, derivada esta palabra del lat. *plebs*, *plebis*, el pueblo bajo o clase más inferior entre los romanos, cuyo significado actual, equivalente a *populacho* o *chusma*, se diferencia bastante del concepto de *populus* o pueblo que tiene el conjunto de los habitantes de un país o nación cualquiera, o de una comunidad o lugar. Hoy decimos *plebe*, por tanto, a la escoria social de un pueblo.

Confieso mi indecisión al abocarme en el estudio de la parte menos bella y atrayente del castellano en Cuba, donde la materia prima con que se ha de elaborar este trabajo hay que buscarla en el subsuelo, entre las heces residuales del lenguaje hablado, cuyo depósito principal vive y palpita en los bajos fondos de la sociedad por lo común, que es donde se nutre y de arrolla a expensas del bajo y casi estancado nivel del medio que le da vida, porque es allí donde abunda la tierra estéril, el cieno o el estercolero. Como es natural, no vamos allí en busca de orquídeas que allí no crecen, donde no

visten los blancos lirios, ni florecen los nelumbios, sino ciertas formas de helechos y tipos varios de plantas rastreras y flores de agua, algunas en forma de campanas, que parecen alegrarse de vivir allí; y que sufren y se esconden cuando el sol las acaricia o les bate el aire puro o las bañan en primavera las aguas llovedizas, puesto que así lo exige su género de vida. Pero obstante, a veces asoman a la superficie de las estancadas aguas donde vegetan, pero siempre enraizadas en el bajo fondo del cenagal donde se cultivan, porque vemos que de allí brotan luego la frase innoble, las palabras soeces y los vocablos más groseros del idioma a los cuales la Academia, no hallándoles sinónimos o significados de honesta equivalencia se contenta con llamarlas *palabrotas*.

La confusión que reina en esta materia no deja de ser grande, porque las voces que se oyen por todas partes tienen tan diverso origen y sentido tan diferente del que todos conocen, que se hace difícil precisar éste, observándose que algunas corren en boca del pueblo más humilde como entre las personas más cultas de todas las categorías sociales. Y es que se han ido infiltrando tan lenta e insensiblemente en el habla general, que no se hace posible a cada uno esquivarlas a veces, ya que viven en el mismo ambiente que está saturado de ellas. La gente culta y semiculta usa inadvertidamente vocablos de origen gitano, de germanía, hampescos afrocubanos y hasta de la jerga ñañiga con la misma naturalidad del que respira el puro aire costeño o el viciado de las zonas industriales de la ciudad por donde atraviesa en su recorrido el ómnibus en que viaja a todas horas indiferentemente. Es algo análogo a lo que ocurre con el uso de los centenares de galicismos de que está tan impregnado o contaminando nuestro idioma, a lo cual no nos es dado sustraernos en ocasiones —a lo menos hablando— por la razón sencilla de que ni los conocemos todos ni nos damos cuenta de ellos las personas cultas; menos, por tanto, la generalidad de los hablantes.

El habla de cada persona, fuera de lo literario, refleja en cada lugar la manera de expresarse el común de la gente que la rodea, y con la cual mantiene sus relaciones de todas clases. Ved aquí lo que se llama la influencia del medio, como se observa en el lenguaje común de los que viven en las grandes urbes cosmopolitas, llámense Nueva York, París o Buenos Aires, tan distinto de los que lo han aprendido y hablan en Boston o Filadelfia, Lyon o en zonas alejadas del cosmopolitismo de la bella cuanto extensa ciudad del Plata. Es en estas grandes ciudades, precisamente, donde más mal se habla, porque es en ellas donde el idioma nacional se halla más corrompido.

Pero sé de otros que hayan llamado antes *plebeyismo* al vocablo o

expresión idiomática de baja extracción social; al lenguaje mixtificado del hampa; a la palabra soez o grosera, obscena o libidinosa de cualquier procedencia, cuyo uso sea impropio de las personas decentes, o produzca sonrojo al oírla pronunciar en el seno de las familias honestas, o ante personas de austeridad y respeto. Algunas, y hasta muchas de esas palabras o expresiones llegan a hacerse inseparables de nuestro vocabulario, sólo porque se repiten a cada instante en la conversación familiar cotidiana con demasiada frecuencia, con olvido de sus equivalentes semánticos del idioma nacional, para nosotros la lengua de Castilla; otras por ignorancia o desconocimiento, y las más por la oportunidad en que se producen, o la torcida intención con que se expresan. Algunas son verdaderamente inofensivas en la conversación familiar, por lo cual no causa asombro que las más honestas señoras o señoritas hagan uso de tales palabras o frases de origen tan bastardo o plebeyo.

Decíase de cierto Gobernador Militar de los Estados Unidos en Cuba, al cesar la soberanía española e iniciarse el período americano de ocupación militar, que dicho máximo funcionario reprochaba a los cubanos de entonces el uso tan constante que hacían del *ca...* y del *co...*, con que salpicábamos nuestra conversación ordinaria con la mayor naturalidad. Lo cual —herencia de los españoles, que tanto los prodigan— es dolorosamente cierto y lo más natural del mundo en la mayoría de las personas. Plebeyismos tan obscenos no debieran ser escuchados por nuestros oídos, por más que tal cosa ha llagado a constituir un verdadero hábito entre la gente de nuestro pueblo, sin distinción de categorías.

Las voces de esta baja procedencia en el lenguaje criollo que hablamos en Cuba, nos han llegado por vías diferentes: de los gitanos españoles algunas, numerosas del lenguaje de *germania* — de igual procedencia hispana y a veces confundidas con el *calé* o dialecto de los gitanos; del vocabulario de nuestros ñañigos, procedentes de su jerga especial afrocubana; de todo el elemento hamponesco afrocubano, de los santeros y brujos, de los presidiarios y de algunas creaciones aparentemente *cultas*, locales o extranjeras. Nuestros vecinos mejicanos, dominicanos y portorriqueños comparten en buena proporción este lenguaje del hampa cubana, dejando a veces la duda de su verdadera procedencia, en relación con los cuatro países hermanos de la misma habla. Tales formas de expresión abundan y se entremezclan en el lenguaje de todos los pueblos, puesto que no pueden considerarse de uso exclusivo en ningún idioma o país, sea el que fuere; y cambian y se olvidan en muchos casos para dar entrada a otros, siguiendo así las mismas vicisitudes y paralelismo del propio len-

guaje vernáculo, del cual se nutre en lo substancial para matizarlo al mismo tiempo —o salpicarlo— de mil maneras más o menos impuras y grotescas.

Hay dos formas principales de manifestarse el *plebeyismo*: en las acciones de las personas —colectivas o individuales— o sea en sus actitudes, y en los modos o manifestaciones de su lenguaje, aunque a veces, las más, se combinan entrambas, cual ocurre en ciertos cantos y bailes de las multitudes en la mayoría de los pueblos: el antiquísimo *cancán* francés, tan en boga en los pasados tiempos que llegaron a irrumpir en América, principalmente en las Antillas; ciertas formas de nuestra *rumba* criolla, a veces bastante exageradas, relajadas y descompuestas; las *congas* arrolladoras que todavía presenciarnos en nuestras calles para recreo del turista, aunque en mengua de nuestro crédito colectivo desde el punto de vista moral y social; todas son manifestaciones colectivas de indudable plebeyismo donde el lenguaje toma también su parte activa, no muy decorosamente por cierto. Individualmente, la forma indecente con que se expresan algunas personas zafias, el uso de ciertas mofas e irreverencias y otras actitudes que pudieran mencionarse, no dejan de ser actos de plebeyismo en las acciones, aunque no sean ejecutados siempre por gente de la clase plebeya. La antigua *higa* española, que se expresaba con los dedos de la mano cerrada, asomando sólo el pulgar de la derecha, acompañada de un *¡Toma!*, de un *¡esto para Fulano!* u otra expresión análoga, parece ser el antecedente más inmediato de nuestra *¡Ñinga!*, que también es exclamación que va acompañada de un gesto de la mano derecha haciendo sobresalir el dedo mayor por entre los dos contiguos; corruptela de *boñiga*, donde se combina la acción y la palabra, y en que aquélla oficia su gran papel enfático que el lenguaje reclama con vigor. Ejemplo viviente de marcado plebeyismo entre nosotros, sobre todo con alguna violencia se alarga el brazo derecho al hacer el signo con la mano, cruzando sobre su antebrazo el de la mano izquierda, lo cual raya en la más exagerada grosería, por fortuna pocas veces vista.

Pero es más importante a nuestro propósito referirnos al plebeyismo que se manifiesta en las formas del lenguaje, del habla en la conversación vulgar, a veces con ribetes de refinamiento, cual ocurre con el solo uso de ciertas palabras equívocas a las cuales llamamos generalmente de *doble sentido*, donde la forma externa del lenguaje, si bien luce correcta en apariencia en el ropaje que viste hállase mezclada de malicia que a poco que escarbemos habremos de descubrir la malévola y *dañada intención* con que han sido proferidas. Háse extendido mucho en nuestra juventud actual la manía de jugar con

el vocablo equívoco hasta en presencia de señoritas que gozan fama pública de virtuosas y honestas, abusando sin duda de la inocencia y hasta de su poca experiencia acaso, haciendo constantes alusiones a *tamaños*, a *formas*, a *durezas* y a hechos, en relación con las cosas que se tratan, que por lo común llevan envueltos ideas indecorosas que si no se adivinan por el momento se sabe que aluden a partes anatómico-sexuales del hombre o de la mujer. En la provincia cubana de Camagüey y en parte de la de Las Villas, ha sido de uso general toda la vida llamar *papaya*, cual es su nombre botánico, a la *cari-ca papaya*, dulce y sabrosa fruta que produce la planta del papayo. Y porque el plebeyismo más grosero ha tomado aquel nombre de la flora cubana para aludir al órgano sexual femenino humano, se ha hecho necesario en La Habana y otros lugares que el eufemismo haya tenido que convertir aquel nombre en *fruta bomba* para no provocar situaciones enojosas en más de un caso, o por lo menos la hilaridad entre las personas donde se habla de tan agradable fruto del país. Otros hacen maliciosa referencia al *caimito*, que, aunque fruta insípida para la generalidad, es al mismo tiempo mucilaginoso al chuparla o saborearla en la boca. La *yuca*, la *cañandongu* y otros frutos alargados o de análoga configuración entran igualmente en juego siempre para maliciosas alusiones en el lenguaje de la gente plebeya.

Cuéntase de cierta descocada reina española de mediados del pasado siglo, que al serle ofrecido como obsequio un hermoso racimo de plátanos machos de nuestro suelo, hermosos ejemplares de la flora cubana, tomando uno de ellos en sus manos exclamó asombrada: ¡Oh, qué grandes y qué gordos son estos plátanos de Cuba! ¿Y no se sienten felices las cubanas que pueden gozar estas delicias de su tierra? Evidentemente, el malicioso juego de palabras equívocas salta a la vista del más miope, que al descubrir su verdadero y oculto sentido no podrá menos que considerar como el más bajo y grosero plebeyismo las palabras de la reina, aunque ataviado con la seda del más fino y regio indumento; porque cualquier lenguaje soez o grosero no puede calificarse sino de *plebeyismo*, propio de gente plebeya, aunque ocasionalmente se produzca en labios reales o principescos.

La palabra o expresión grosera ha trascendido más de una vez al lenguaje literario, sin duda como recurso para dar vigor al lenguaje o para acercarse a la pintura de la realidad en ciertas situaciones. Y no nos referimos precisamente a la literatura picaresca, donde especialmente tal lenguaje tiene su asiento. Quiero citar una de las más bellas y emotivas páginas salidas de la pluma del máximo poeta francés del siglo XIX, cuando describe en *Los Miserables* la decisiva batalla de Waterloo, donde el poeta, como si se hallara presente

contemplando las vicisitudes y adversidades de aquel hondo drama universal —o tragedia—, herido su corazón de francés, cree salvar el honor de Francia, maltrecha y vencida, haciendo la apoteosis del valiente general Cambronne cuando al frente de un puñado de hombres se ve acosado por el prusiano que le conmina a la rendición con estas palabras: ¡Bravos franceses, rendíos! —¡Mierda! contesta el heroico general de Francia. Y esa palabra lapidaria, tan oportuna como propia del soldado enardecido en el fragor de la batalla, ¡quién lo diría!, la ecribe con su pluma Víctor Hugo para llenar con su eco de indignación uno de los capítulos más grandes de la Historia.

En nuestros días, apenas abrimos la página inicial de *Huasipungo*, la tan llevada y traída novela ecuatoriana de Jorge Icaza, cuando leemos en las primeras líneas que uno de sus personajes, Pereira, en desesperada situación, había salido de su casa dando un portazo y “mascullando una veintena de *carajos* y maldiciones”. Otros ejemplos pudiéramos citar en el lenguaje literario, donde la forma plebeya ha penetrado ocasionalmente, pero de modo excepcional y excusable.

El *eufemismo* se ha inventado para salvar el decoro de las palabras y frases que circulan por todas partes en alas del plebeyismo que las propaga, como el viento la mala simiente. De ahí que haya creado otras formas de análoga equivalencia para que puedan usarse a voluntad por las personas decentes, particularmente por las del sexo femenino. Formas atenuadas de *carajo* son *ajo!*, *caraj!*, *caray!*, *carijo!*, y hasta *cará!* simplemente, como dicen en la vecina república dominicana, casi siempre con sentido exclamativo. El Diccionario Oficial de la Academia sólo recoge tres formas eufemísticas: *caramba!*, *caray!* y *caracoles!*, de igual sentido semántico. Nuestras mujeres en Cuba, sin descender al plebeyismo grosero, usan con frecuencia el *caramba* y el *caray*, que hasta las niñas repiten con la mayor inocencia, aunque a medida que van creciendo van subiendo el diapason hasta decir *caracoles!* La forma *carijo!* es más bien campesina, lo mismo en labios de hombres que de mujeres, según reflejan nuestros escritores de costumbres:

—Ah, no señor, *carijo!*, eso me lo dice usted ahora mismítico, si no ya está usted demás aquí.—C. E., cap., XVI.

¡*Carijo!* y que mala debe ser la muerte, casi me le he dío entre las manos.—Ciro Espinoza, *La Tragedia del guajiro*, cap. XXXVI.

—Buenas, muy buenas; pero ¡*carijo!*, a Telesforo Medel no hay quien le deje deslucío o no hay puerco prieto en el monte.—Luis F. Rodríguez, *La Pascua de la tierra natal* (cuento).

¡*Barajo!* es de uso constante igualmente, aun entre las mujeres, con la misma significación de las anteriores formas apuntadas, a pe-

sar de que para don Esteban Pichardo era interjección grosera, sinónimo de *caramba!* Mas lo cierto es que se usa eufemísticamente, algo más si cabe que su variante *baramba!*, como dicen otros y otras, por *caramba!* Según don Augusto Malaret, en P. Rico han convertido esta última forma en *¡caraches!*, que en C. Rica dicen *carachas!*, según Gagini, *Caracha!*, *caracho!* y *caranio* son formas gallegas, y, todas, más o menos, se han extendido por la mayor parte de la América hispanohablante. Según el doctor Lisandro Segovia, que las recoge en parte, dice de la principal de estas palabras “de profundo desagrado”, que “también se emplea para reforzar el concepto”, y que se dicen con ira o por mala costumbre. (V. su *Dic. de Arg.*).

En la novela cubana *El Fatalista*, que escribió D. Esteban Pichardo en sus mocedades, se encuentra el plebeyismo de que hablamos, usado con estas palabras puestas en boca de uno de sus personajes: —*Qué cáscara de ajo me importa?* . . .

La palabra principal de todas las anteriores, que ha dado origen a tantas variantes eufemísticas como hemos señalado, si a veces resulta demasiado cruda en su expresión dicha con toda naturalidad, es altamente ofensiva si se dice de un hombre a otro con más energía de la acostumbrada, y quien la dice está obligado a retirarla, a dar una explicación o a sufrir las consecuencias en caso negativo. ¡Lo mismo entre caballeros que entre plebeyos!, porque nadie admite que *le echen . . . ajos*. Resulta repulsiva, como tantas otras, porque con ella se alude directamente al órgano genital masculino en lenguaje plebeyo, lo cual no sucede si se le nombra, como los médicos, por su nombre científico de *pene*, y vulgarmente, como decimos los más, *miembro viril*. Casi todas las variantes que se han inventado de tal vocablo no han tenido otro objeto que encubrir su nombre en presencia de las mujeres, o para uso exclusivo de ellas, y en todos los casos en nombre de la decencia.

Por lo que hace al *co . . .*, es a todas luces más grosera que la anterior, porque apunta al órgano femenino de las mujeres; y no tiene que sepamos, más que dos variantes eufemísticas: una es *concho!* y la otra *córcholis!*, muy constante el uso de la primera como signo interjeccional. Hay, pues, una categoría de plebeyismo que pudiéramos llamar *vulgares*, y hay otra de plebeyismos *groseros* o *soeces*, como lo son generalmente todos aquellos que miran al sexo del varón o de la mujer, o tienen relación con los mismos más o menos directa, o hacen referencia a los actos carnales. Hemos estudiado unos y otros en su extensa relación conocida, y de ese estudio concluimos que los primeros se han hecho *aceptables* o *tolerables*, puesto que se

trata de vocablos o de frases o expresiones en general de uso más o menos constante en el lenguaje popular, que han llegado a penetrar casi todos en el santuario del hogar o seno de las familias decentes, y, por tanto, en el habla de la gente culta; por lo cual debemos aclarar aquí que la simple procedencia de veintenas de voces impropias del lenguaje de uso cotidiano, las que hemos llamado antes *de baja procedencia*, o de baja extracción, no es bastante para rehuir su empleo en el habla común cuando ellas se hacen *tolerables* a nuestros oídos, cuando no ofenden nuestro decoro, cual ocurre con muchas de ellas que proceden de la germanía y corren de boca en boca, no obstante, confundándose con las otras formas propias del idioma, y algunas más de origen gitano u otro. Dividiremos todos estos *plebeyismos*, por tanto, en *tolerables* (o aceptables) y *soeces* o *groseros*.

Es bueno tener presente siempre cómo gran parte de los *plebeyismos* calificados de *groseros* tienen una forma *doble*: la original, creada en el ambiente plebeyo, y la *eufemística*, variante formada de la anterior, expresamente inventada para hacerla posible llegar a los labios de las personas decentes sin sonrojo para ellas al pronunciarlas, o para sus oyentes al escucharlas, quizás si de labios primorosos. De esos plebeyismos *dobles* pudiera hacerse una extensa enumeración; y si el calificativo *doble* aquí usado significa que la forma plebeya es la misma, aunque atenuada en una de ellas, convengamos en ello para llamar a esta última *eufemística*, puesto que la original queda siempre en el bajo fondo social, y si asoma es sólo en el pensamiento o la imaginación de las personas decentes. La palabra *mierda*, a todas luces grosera e indecente, la recoge el *Diccionario* oficial de la Academia como equivalente a excremento humano, aunque nosotros extendemos su significado a todos los excrementos animales; pero fig. y fam. la hace sinónimo de *porquería*, que define como "suciedad, inmundicia o basura", según el texto del *Léxico Mayor*. No dice, como en otros casos, que es *palabrota*, y la es, sin embargo, en el lenguaje de nuestro pueblo; de ahí que la consideremos plebeyismo *grosero*, que la gente pulcra ha "eufemizado" variándola en *porquería*, en *porra*, como en las muy conocidas expresiones corrientes: ¡Oh! no molestes más, *vete a la porquería* . . . —¿Qué? —*Que te vayas a la porra* . . ., equivalentes a *lejos* o a *freir huevos* . . ., a *hacer gárgaras*, etc., etc., que todas son variantes *eufemísticas* de la conocida expresión plebeya *vete a la m* . . ., con igual significado (V. *Porra* en el *Dic.*, acep. 4ª). Mientras el plebeyo, inconforme con algo inútil, que no llena su fin, dice que *eso* y *los huevos de los perros* "es" la misma cosa, surge paralela y eupemística la frase en labios de la distinguida

dama que en el seno de la familia dice: eso es lo mismo que *el agua de borrajas* (o de cerrajas). Al *come m . . .*, plebeyo y despectivo sustituimos despectiva, pero eufemísticamente un *come contra*, *come cantúa*, *come bolas* (o bolitas), *come catibía*, *come fana*, etc., que valen lo mismo, pero decorosamente vestidos.

Ya dijimos que las palabras todas tienen su oportunidad para salir a flor de labio, y que la persona más culta, más moral, más decente y más todo, cuando tiene sus momentos malos y se encoleriza o *pierde la cabeza*, en que *se le sube el santo*, como se dice en nuestra Isla comúnmente, *pierde el estribo*, o sea el dominio de sí y *echa ajos y cebollas* (o sapos y culebras) por esa boca como cualquier otro hijo de vecino, esto es, como cualquier plebeyo acostumbrado a tales lindezas, sin acordarse entonces de su posición social. De ahí que la prudencia aconseje no discutir acaloradamente con personas cuyo depravado lenguaje no pueda medirse con el nuestro y serle devuelto en análogos términos ofensivos. Tal es la realidad, aunque con marcadas excepciones.

El eufemismo remilgado no transige ni con la anatomía: se empeña en no llamar *tetas* a las mamas de la mujer porque dice que *tetas* son las de las vacas, y dice en su lugar *pechos*. La Academia ha transigido (acep. 6ª). Después se propuso usar el pl. *senos*, como dicen muchos ya, incluso destacados escritores; pero ahora la Academia—que en ocasiones se contradice y va contra su propia doctrina—no ha aceptado el neologismo, que recogerá algún día, pero que por ahora es absurdo. Ninguna madre dice todavía que le va a dar el *seno* a su hijo, sino el *pecho*, aunque suele decir que se le derraman *los senos* por la abundancia de leche que tiene. Escrúpulo este demasiado exagerado hacer *senos* sinónimo de *pechos* con sentido recto de la palabra, y con el figurado hablar del individuo que se pegó a la *teta*, o sea al *jamón*, al *biberón* o la *chupeta*, por haber aceptado un cargo público o del gobierno. En cuanto al pl. *senos*, nada hay más disparatado que usarlo por *tetas* o *pechos*, puesto que la voz *seno* siempre envuelve la idea de concavidad, de oquedad, de cavidad o hueco o parte interna de una cosa, principalmente en el cuerpo humano. (Lat. *senus*, pecho o regazo). Es muy correcta la expresión *echarse una copa en el seno*, o extraerla del mismo, porque se hace referencia al lugar o cavidad que hay entre las dos mamas de la mujer y forma bolsa con su propio vestido, o del hombre en su caso: Metió la mano en el *seno* Sancho Panza buscando el librillo . . . *D. Quij.*, I, XXVI. Hasta en Geografía los golfos llevan también, por analogía, el nombre de *senos*. ¿Diremos que no habla mejor el ple-

beyo que hace referencia honesta a las *tetas* de su mujer que el remilgado y culto que dice *senos* a las mamas de la suya?

No hay que considerar casos *dobles* de plebeyismo (eufemístico y grosero) a ciertas formas de pobre expresión o mala catadura que la chusma se ha empeñado en reservar para su uso exclusivo, alejándose de otras de decir comunes, de las que el vulgo usa de ordinario en su conversación o trato. Porque los vocablos correctos no necesitan de disfraz ni de vestidura eufemística alguna para producirse con propiedad junto a la expresión plebeya, fea y sucia de por sí. Es aquí donde el vocablo se expresa de acuerdo con la educación ambiental del sujeto que lo trae en sus labios. No hay forma humana que el plebeyo se acomode a ciertas maneras de decir propias, que resultan elegantes por su naturalidad. El *vamos, niño, baja los pies de la mesa* que pronuncia una persona medianamente educada, se convierte en *vamos, muchacho, baja esas patas de la mesa* en boca del populacho. Si tiene éste que referirse a la cabeza humana ha de llamarle *el coco, o la cayuca, o la chola*; los labios los transforma en *bembas* o *jetas*, la boca en *jocico*, la nariz aplastada en *ñata*, y si las fosas las tiene muy anchas, además, le llama *fornalla, la fornalla*. Las orejas han de ser necesariamente *las guatacas, el gañote* el cuello, como los pies, de modo festivo entonces, son unas veces los *bueyes*, cual en la expresión: antes de salir, acuérdate, tienes que *darles agua a los bueyes*; o en *ñames* con relación al tamaño, como cuando se dice de alguna persona que *tiene tan grandes los ñames* que no le sirve ningún zapato. La sangre se convierte en *la colorá* en lenguaje del hampa, como *la sin hueso* es la lengua, que la germanía dice *la desosada*. Y la muerte es *la pelá* o *la pelona*. Pegarle fuerte bofetada a otro es darle un *aletazo* o un *papazo*, y pegarle hasta apabullarle es *meterle caña* duro. No llama al dólar o peso sino *bolo, coco, guayo, tulipán, toleta*, y a veces *ojo de buey*, imitando la germanía en esta última frase. El mismo llama a la peseta *cáscara, guaña*, una *tapa*, etc. Rara vez se oyen tales formas de expresión en labios de personas decentes, aun cuando en lenguaje festivo no las rehusa pronunciar por completo en determinados momentos, porque cada vocablo, expresión o giro del lenguaje tiene su oportunidad para los hablantes.

Y ahora preguntamos: ¿son decentes o plebeyos las voces de *germania*? Al llegar a este punto, preciso es que entremos con pie derecho y firme, porque tales palabras constituyen siempre un motivo de controversia y de preocupación para los filólogos, en atención al diverso y raro origen de las mismas, difícil de esclarecer en la ma-

yoría de los casos. Hemos hablado antes del lenguaje del *hampa*, quizás sin precisar bastante el concepto de este vocablo, que no definió siempre de modo igual la Academia, sino como bravata o balandroada en su primera ed. (1726), como atributos propios del oficio de guapos y de las mujeres de mal vivir, “a que llaman *gente de la hampa*”. Poco tiempo después se refirió la Academia al “género de vida que antiguamente tenían en España, y con especialidad en Andalucía, ciertos hombres pícaros, los cuales, unidos en una especie de sociedad, como los gitanos, se empleaban en hacer robos y otros desafueros, y usaban de un lenguaje particular, llamado jerigonza o germanía”. Esto se viene repitiendo desde hace más de siglo y medio, pues en la 4ª ed. académica ya encontramos la definición expresada. La *gente del hampa* no incluía, pues, a los gitanos, a la gitanería española, y sus componentes había que buscarlos entre los pícaros, ladrones, bravateros y mujeres de mal vivir, todos inclinados siempre, por oficio, a cometer desafueros de todas clases. Como la organización social ha cambiado tanto de entonces acá ya no existen los individuos que *antiguamente* practicaban el género de vida descrito, ni en España, ni en América, puesto que han desaparecido hasta de Andalucía, sustituidos por otros en los tiempos actuales. Todo esto abarca un concepto histórico que hoy reconocemos como una realidad que el tiempo ha borrado, aunque dejando hondas huellas en algunas partes de la nación española, a tal extremo que nos obliga hoy todavía, y después de transcurridos algunos siglos, a estudiar *el lenguaje particular* de que hicieron uso aquellos hombres y mujeres, al cual se le da el nombre de *germanía*, que la Academia define como “jerga o manera de hablar de *los gitanos*, o de ladrones y rufianes, usada por ellos solos y compuesta de voces del idioma español con significación distinta de la genuina y verdadera, y de otros muchos vocablos de orígenes muy diversos”. Equivocada definición ésta en cuanto hace referencia a los gitanos, poseedores de un dialecto propio que se llama *caló*, de abolengo lingüístico más honorable, de donde tomaron muchos vocablos los *germanos* o rufianes. *Hampa* misma deriva del gitano *hambé*, que significa *chusma*, como ésta significa muchedumbre en *caló*, que modificaron los rufianes más tarde refiriéndose a “muchedumbre de *gente de baja categoría*”, definición más adecuada al momento actual, ya que es completamente inaplicable, por arcaica o anticuada, la definición que recoge el Diccionario de la Lengua Española. Entre la gente de baja categoría hay que comprender hoy, además, a la que vive en el medio social más bajo, compuesta de holgazanes en buena proporción, delincuentes de cierta clase, pícaros, alcahuetes, chulos y otros elementos, asociados o no,

pero integrantes todos de un conjunto abyecto de individuos con sus ribetes de bravucones o valentones; bastando para conocerlos llegar al fondo escogido por ellos para desenvolver su vida más o menos holgazana y miserable en una común vivencia. Serán considerados siempre, por este solo hecho, como elementos integrantes del detritus social en cada comunidad de gente civilizada.

El *hampa*, o la *heria*, como dicen otros, habrá de comprender, si queremos usar este vocablo en Cuba con alguna exactitud, a una rama o parte de la baja sociedad, puesto que ésta la integra, en relación con el lenguaje, una gran parte del pueblo humilde y pobre que no debemos confundir con los elementos maleantes de todo organismo social, que vive al margen de la ley y —asociado a veces— trata de ampararse y evadir la acción de la justicia empleando a veces una jerga propia que los proteja de toda acción social persecutoria.

Resulta ahora interesante para nosotros considerar las dos *hampas* diferentes de que hemos hablado, en relación con la jerga de unos, llamada *de germanía*, y el lenguaje plebeyo de los otros que conocemos en Cuba; o lo que es igual, considerar la jerga de los antiguos rufianes españoles y compararla, si cabe, con el habla particular de nuestros elementos más incultos de la sociedad cubana, plebe cuyo lenguaje corrompido guarda bien pocas relaciones con el anterior, nunca tomando más palabras del mismo de las que ha tomado y sigue tomando el propio idioma nacional, injertado de vocablos de germanía que circulan como de buena ley, o de buena procedencia en todos los países de habla española, sin excluir, como es natural, a la propia ex metrópoli.

Al hablar de la *germanía* conviene establecer claramente su diferencia de la *gitanería* o *caló* de los gitanos, puesto que la confusión fué siempre grande entre los tratadistas, sin que la Academia haya podido hasta ahora establecer las distinciones necesarias al definir ciertas palabras en su *Diccionario*, oscuras al respecto. Pero tiénese por cierto que los gitanos constituyeron en España un pueblo de procedencia asiática que llegó a Europa por el Oriente, errante a través de pueblos y naciones, tanto del Este como del Norte, Sur y Oeste hasta asentarse en la Península a principios del siglo XV, donde todavía abundan, principalmente en las regiones andaluzas. Su lenguaje, llamado en España *caló*, “adoptado en parte por la gente del bajo pueblo”, según las palabras de la Academia, tiene un ilustre abolengo lingüístico que nace en la India y se cuenta entre los dieciocho dialectos que de allí traen la misma derivación, a decir de autorizados filólogos y tratadistas modernos, considerándosele de gran precisión gramatical. No hay que confundirlo, por tanto, con la *ger-*

mania, que es habla antigua de pícaros y rufianes, de genté maleante, viciosa y corrompida, de ladrones y gente de mal vivir, llamada colectivamente *del hampa*. Existen diccionarios que recogen las palabras del *caló* con sus equivalencias semánticas en español, como existe también el de la *germania*, compuesto este último por primera vez por Juan Hidalgo; vocabulario que recogió también en parte don Gregorio Mayans y Siscar, el esclarecido lingüista español, autor de los *Orígenes de la Lengua Española*, tomándolo del Diccionario de Hidalgo. *A Chipicalli* o lengua de los gitanos, tiene, pues, historia, tiene tradiciones, literatura, gramática, y un pueblo que aun lo habla en casi toda la Europa, con las consiguientes corruptelas al mezclarse con la originaria en cada país. Ni hay que confundir a los errantes individuos del pueblo que tal idioma posee, con los rufianes, pícaros y viciosos de la España antigua que compusieron su jerga para sustraerse a la acción de la justicia apartados de la sociedad; jerga compuesta de vocablos extraídos del propio idioma nacional, de España, a cuyas palabras se torcieron su sentido real y verdadero, o se invirtieron sus sílabas para desfigurarlas; y de otras muchas de otros idiomas, o de creación propia, inventados por ellos, de formación sospechosa, derivativa y de orígenes varios, inclusive alimentándose del lenguaje de abolengo ilustre de la gitanería, uno e igual en España como en Francia, Alemania, Inglaterra, y demás países en que se establecieron al entrar en Europa, procedentes del Oriente. Aumentó los méritos del *caló* en el pasado siglo los estudios que del mismo realizó Jorge Borrow, eminente poligloto y escritor inglés, enviado a España expre amente por la Sociedad Bíblica de Londres, quién vivió entre los gitanos algún tiempo, estudió más de cerca sus costumbres y su lengua, todo lo cual reveló después en su famoso tratado *Los Zingaros*, en 2 vols., dando a conocer muchas y raras peculiaridades de este pueblo oriental y fijando la filiación lingüística de la *chipicalli* o lenguaje de los gitanos como una derivación dialéctica más de las numerosas lenguas índicas prevalecientes en el Indostán. Por último, vertió al gitano o *caló* el Evangelio de S. Lucas. Nada de esto puede decirse, ni aproximadamente, de la *germania*. Sin embargo, vamos a encontrar muy pocas palabras de la primera que hayan ingresado en la lengua de Castilla con carácter permanente, sobre todo si se compara con el número de voces de la última que la *enriquecen*.

En mala hora tuvieron entrada oficial los vocablos de *germania* acogidos en el *Diccionario de Autoridades* (1726), a título de servir con algún provecho en la interpretación del lenguaje de las novelas picarescas y rufianescas de la época de los clásicos. Aunque por su

origen germanesco constituyen tales palabras indiscutibles *plebeyismos*, gozan el privilegio de que se las considere en gran parte como de buena ley, por la simple razón de que figuran registradas en el Léxico oficial de la lengua, de donde no hay esperanza de desarraigadas o expulsarlas a pesar del desagrado con que las han visto siempre y ven todavía los gramáticos y filólogos americanos, y de los razonamientos que se han aducido para conseguir este desglose. Y como la mayor parte de estos vocablos carecen de filiación al faltarles la señal convenida (*germ.*) que indique su procedencia de la germanía, circulan a estas horas por todas partes con la misma libertad y autoridad que las que nos han llegado de la misma lengua que hablaba Cicerón. Si usted lee la palabra *nares* en el *Dic. ofic.*, le dirá éste que se origina del lat. *nares*, las narices, lo cual es rigurosamente cierto, y por esa razón hubo de usarla Berceo en su tiempo, según la encontramos en una de las estrofas de los *Signos* . . . (núm. 40: *Grant fumo a los oios, grant fedor a las nares*); pero tal origen latino lo vino a de cubrir y a decirnoslo la Academia a principios de este siglo, pues de de su primer Diccionario (1726) recogió constantemente el vocablo *nares* como de *germania*, según así lo expresa aún. Y es que la germanía no respetaba procedencia y la tomó cómodamente del latín para su uso particular picaresco. ¿Qué diremos nosotros en este estudio a nuestros lectores, que es *plebeyo* por su origen germanesco este vocablo, o que es voz culta porque nació en el *Latium*? Afortunadamente nadie usa hoy el vocablo *nares* en vez de narices. La palabra *trainel* fué usada por el Arcipreste de Hita en su famoso *Libro de Buen Amor* (e. núm. 868) en lenguaje picaresco o plebeyo, equivalente a alcahueta o mediadora; que lleva y trae recados. En el Diccionario e hace preceder el vocablo del signo *germ.*, tomando la definición literalmente del vocabulario de Juan Hidalgo, puesto que los rufianes ya lo habían hecho suyo. Es de origen *plebeyo* por los cuatro costados. Nadie lo usa, que sepamos.

Si seguimos repasando, aunque ligeramente, el Diccionario de la Academia, encontraremos palabras en buen número que el pueblo —que no consulta los diccionarios porque no los tiene a su disposición— cree que son de buen origen, y como tales las usa confundiendo las buenas con las malas. Entre otras vamos a citar algunas tomadas del Diccionario de germanía de J. Hidalgo, que figuran en el de la Academia haciendo constar que son de *germania*: *birlador* y *birlar*, por estafador y estafar, de uso corriente la segunda entre nosotros, y no la primera, como tampoco *birlesco* y *birloche*; *boche*, por verdugo, que muchos usamos aplicado a los alemanes durante la primera gue-

rra mundial, pero no *bochero*, el criado del verdugo; *chusma*, por muchedumbre de gente recoge la definición gitana, no la de germanía que es: muchedumbre de gente *de baja categoría*; *desosada* por lengua, que la germanía expresó mejor diciendo *la desosada*, por la lengua, forma particular de expresión propia de la rufianería, análoga a *la colorá*. *Gaza* y *Gazuza* por hambre no entraron nunca en nuestro lenguaje popular, a pesar de que nuestro máximo novelista, C. Villaverde, recogió la última forma en su *Cecilia Valdés*, acaso ignorando el origen plebeyo del vocablo. La Academia había dicho antes: *Gaza*=*Gazuza*. *Gazuza*, hambre molesta o vehemente, pero hoy dice: *Gaza*=*Gazuza*. *Gazuza*, fam. hambre, del vasc. *gose-utse*, pero borró el signo *germ.* a pesar de que es vocablo de germanía que significa apetito simplemente. *Heria*, por hampa; *jindama* por miedo, que la germanía tomó del caló con el significado igual de miedo o cobardía. Y muchísimas más que alargarían demasiado estas notas. En cambio, la Academia no recoge como de esta jerga, y aquí está lo más grave, una multitud de palabras francamente germanescas o de los rufianes españoles, o tenidos por tales por el hecho de que los recogió Juan Hidalgo como del uso de la germanía. Y así el vocablo *belitre*, o sea pícaro, ruin y de viles costumbres, no aparece como de germanía sino de etimología francesa cosa que no se había advertido en las anteriores ediciones desde la primera, todas las cuales, como la actual, recogen *belitro* como vocablo de *germanía*. *Ciscar* es una palabra que en Cuba nos ha dado mucho que hacer y que decir y comentar, puesto en boca de mujeres principalmente, con el significado de abochornarse (formar.) o avergonzarse (*me cisqué, se ciscó*), según lo recoge Pichardo en su *Dic. de Voc. cubanas*; pero que el español antiguo le dió el significado de "soltarse o evacuarse el vientre", de donde lo tomó, como buen audaz rapiñador, la germanía. El Léxico académico no expresa tal origen de este verbo, como no lo expresa de los vocablos *greñas*, de *jaque* por valentón o perdonavidas; de *mogollón*, de *soba* y *sobar* y de cien palabras más que no sabemos a qué atenernos respecto de su origen por la confusión que han traído al idioma al ser incorporadas en el Léxico oficial. Para conocer su etimología la Academia se ha echado encima la tarea de ir descubriendo la posible fuente de donde las tomaron los rufianes, como en los casos citados de *belitre*, *nares* y otros.

Desde hace algunos años se puso de moda entre nosotros la palabra *jeva*, que nació de abajo arriba, pronunciándose así por *eva*, una mujer cualquiera, principalmente con el significado de novia o amante. Sin duda su inventor escribió con *h* inicial la palabreja para que se convirtiera en *j*, como lo hizo después el populacho pro-

nunciando *jeva*. Y así corrió en labios de nuestra juventud y muchachería toda hablando cada uno de *su jeva*, de pasear con *una jeva*, de enamorar a *una jeva*. Pero como esa *h* convertida en *j* aplebeyaba demasiado el vocablo, pronto hubo algún inteligente que descubrió en el *Dic. Man. ilustrado* de la Academia (ed. de 1927) la palabra *lea* para substituir con fortuna a la anterior, casi eliminada ya, aunque todavía se oye entre la gente del pueblo. Las cándidas niñas se dejaban tratar, llevar y traer como *leas* en el paseo, en las fiestas, en los actos sociales, en las aulas escolares y en todas partes, en la inocente creencia de que se les quería decir novia, compañeras o amigas, dado que todo joven andaba siempre detrás de una *lea* para asociarse y divetirse lícitamente con ella. Era cosa dura oír esa palabra en los propios labios femeninos, como la oí tantas veces en las aulas de mi propia cátedra de clases. Y en nombre de la decencia los requerí para que abandonaran el que para ellos era atrayente vocablo, cuyo significado de *ramera* no era digno de ser aplicado a las señoritas. Tal plebeyismo es vocablo del dialecto gitano que lo refirió a *lumia*, con el significado ésta de puta o ramera. Lo recogió la germanía como sinónimo de prostituta, y de ahí pasó en 1927 a *enriquecer* la lengua de Castilla en la primera ed. del *Dic. Man. ilustr.* de la Academia. El Léxico Mayor recogió la forma *lumia* en 1936 sin expresar que se trataba de un vocablo tomado de la germanía, dando un paso de avance sobre el *Dic. Manual* que sólo registró la forma *lea*. El último paso lo da el *Dic. Man. ilustr.* (ed. de 1850) que registra las dos formas, *lea* de su ed. anterior, y *lumia* del Diccionario oficial. ¡Tres ediciones oficiales distintas de la Academia Española de la Lengua en 23 años, con textos diferentes del mismo idioma nacional! Como se ve, la contribución de la Academia es directa al *enriquecimiento* del idioma.

Si la germanía, que ha saciado su hambre en todas las mesas y su sed en todas las fuentes idiomáticas a su alcance, es lenguaje de tan baja extracción, ¿estamos obligados a aceptar su vocabulario las personas decentes? ¿Debemos repudiarlo? ¿Y cómo calificamos tales palabras en razón de sus diversos orígenes si ignoramos las canteras de donde fueron extraídas? Y como ahí tenemos registradas en los diccionarios académicos y en los que siguen a éstos, centenares de palabras que coinciden en su estructura y significado con las que nos ofrecen las del diccionario de Juan Hidalgo, aunque no lo diga siempre la Academia, según acabamos de probar con *lea* y *lumia*, nos encontramos que vivimos engañados en cuanto al uso que debemos hacer de ellas por desconocimiento de su bajo origen las más, usadas antes por

pre idiaros y rufianes. Hállanse en este caso, entre otras: *acaramelar* (u. c. r.), *amartelado*, *hacer aguas*, *aguar la fiesta*, *apabullar*, *atracar*, *atraco*, *cortar el bacalao*, *bronca*, *ojo de buey*, *cagatinta*, *caletre*, *carcamal*, *coba* (dar), *consueta*, *cantar* (por murmurar o delatar), *costilla* (la), *cuatrero*, *chafarote*, *chaparrón* (aguantar el), *charco* (pasar el), *charranada*, *chavea*, *chirlo*, *chola*, *chunga*, *chusco*, *disloque*, *fanfarrias*, *flamante*, *flor y nata*, *francesa* (despedirse a la), *gabrieles*, *gañote*, *golfo*, *gomoso*, *gorra*, *gorrón*, *gresca*, *grilla*, *guante* (echar el), *jabón* (dar), *jeringar*, *mojada* (la germ. recoge *mojaa*), *tía* y otras ciento. En casi todos estos casos el Diccionario hace constar el uso fig. y fam. de estas palabras. ¿Son decentes o plebeyas tales palabras que recoge la germanía y reproduce la Academia sin expresar su procedencia las más de las veces? Porque su empleo corre por igual en boca de todo, de cultos y no culto, de per onas decentes y de los que no son tenidos por tales, sobre todo aquellos que carecen de la indicación de *germ.* adoptada por la Academia como signo de prevención, respecto de los cuales vivimos en la ignorancia, ya que pueden provenir del propio idioma castellano, de los dialectos españoles, o ser pura invención rufianesca para su exclusivo uso, como decir *chepo* por pecho, *demias* por medias, *greno* por negro, *nacho*, por chato, *toba* por bota y otros. Como en tantas e tas palabras de que está impregnado el idioma en todas partes, creo que debemos considerar alejadas de nuestros labios, como gente culta, todas aquellas marcadas por la Academia con el signo de *germania* (Germ.), especialmente aquellas de factura germanesca cuya plebeyez es manifiesta, como muchas de las que hemos enumerado y otras como *conversa* por conversación, *ladrillo*, por ladrón, *la justa* por la justicia, cuya formación es tan curiosa que las tenemos en estudio para referirnos a ellas en algún otro trabajo. En Cuba decimos *combina* por combinación, igual que la germanía: *una combina*.

Del *caló* o *chipicalli* son menos los vocablos que figuran en el Diccionario de la Lengua, y aunque tampoco se expresa su origen, corren en labios de nuestro pueblo como buena moneda circulante, siendo en verdad pocas las que han quedado para el uso de la gente baja de nuestro pueblo. Algunas de ellas han pasado primero a la germanía, como ocurrió con *camelo* en su sentido de engaño; *coba* por zalamería o adulación en la conocida frase *dar coba*; *chingar* por fornicar; *chivato* por soplón o delator; *chola* por cabeza o juicio; *chopo* por fusil; *chota* por delator o soplón, lo mismo que *chivato*; *chunga* por guasa o broma; *chusma*, equivalente a muchedumbre en *caló*, pero que la germanía convirtió en muchedumbre *de gente de baja categoría*, según se usa hoy. La Acad. tomó su definición, por tanto, del

dialecto de los gitanos y la marcó indebidamente *Germ.*, no obstante. *Geta* o *Jeta* vale tanto como hocico entre los gitanos, equivalente a cara en la germanía; y lo mismo *jindama*, miedo o cobardía; *jamar* pasó a la germanía con el significado de comer; *lea* y *lumia* lo mismo, e igual *mangar* por pedir, mendigar; *paripé* por comiquería, y *sandunga*, equivalente a gracia, garbo, donaire, como pasó a la germanía igualmente. Casi todas estas palabras las ha recogido el Diccionario de la Academia, unas veces diciendo su procedencia de germanía y otras sin revelarla, según ya hemos apuntado antes, lo mismo que *jarana*, *furnia* y otras que están en pleno uso en Cuba por todas las clases sociales si se exceptúan dos o tres que se han quedado en los bajos fondos, tales como *chingar*, que aquí usamos con una pequeña variante, *jeta*, *jamar*, *jindama* y quizás otras que no hemos mencionado hasta ahora.

Volviendo a las formas cubanas de plebeyismo, tanto de vocablos como de frases, tomados unos y otros de aquí y de allá y de todas partes, sabemos que al adulador servil le decimos *guataca*: *ese es un guataca de Fulano*. Que un *bruja* es un arrancado o sin dinero habitual, mientras *estar bruja* es ocasional, estar escaso de bolsillo en el momento. *Hacer la pala* es lo mismo que *hacer el paripé* o que *hacer la muela*, o sea aparentar que se trabaja o se hace algo, disimular como pretexto que se trabaja. *No dar un golpe* es no trabajar, modismo corriente perfectamente explicable, pero que el plebeyismo ha convertido en la expresión callejera *no disparar un chicharo*. Todos son plebeyismos *tolerables* o aceptables porque están fuera de lo indecente, pero unos resultan tales oyéndolos mejor que pronunciándolos, a no ser en la conversación festiva, propios igualmente de la literatura popular y de costumbres, según se usan a veces.

Algunos constituyen verdaderos modismos que no dudo se usen en otros lugares, como la expresión *batir el cobre*, trabajar con ahinco según la germanía; fig. y fam. por disputar con mucho acaloramiento y empeño según la Academia, pero que en Cuba se aplica casi siempre a nuestros gloriosos libertadores, quienes para conseguir nuestra independencia tuvieron que *batir el cobre* muy duro, añadimos, por pelear bravamente, con verdadero denuedo. *Pegarse al jarmón* es conseguir el disfrute del presupuesto público obteniendo un cargo o empleo, y lo mismo se dice *pegarse a la teta*, *al biberón* o a *la chupeta*: a veces dicen otros *al mamey*. *Echarle a uno los caballos* vale igual que gastar bravatas o bravuconerías con uno, lo cual se evita, cuando no se es un maula, *parándole la jaca* a tiempo, esto es, conteniéndole para que no se exceda. Es muy antigua entre nosotros la frase *no echarle maloja a uno* por no haberle dado confianza. Co-

ger a uno asando maíz es lo mismo que sorprenderle con la mano puesta en la masa, o sea infragante.

Dicen que en Chile usan la frase *estirar la pata* por morirse, como en Cuba, pero que acá decimos también *espantar la mula*, *largar la tira* o *alargar la pata*, no *largar* como dicen algunos.

Cuando *le echan a uno el muerto* no es más que la culpa o responsabilidad de algún hecho, y entonces decimos que injustamente *cargamos con el muerto*. *Meterse en la piña* no es otra cosa que intrigar por algo, preocuparse por algo, que lo tiene a uno intranquilo sin razón aparente para ello: Le dije por broma a Fulano que lo iban a dejar cesante en su cargo y *se metió en la piña*, porque anda muy apurado averiguando lo que hay de cierto. *Ser un ñame con corbata* no es más que considerar a otro necio o torpe a pesar de su apariencia distinguida en contrario. Es forma despectiva por el significado de *ñame* que damos a todo necio o falto de caletre. *Correrle la carne* a uno es quitarle la mujer, llevársela de junto a su marido; mientras *corrérsele la carne* a uno es irsele la mujer con otro abandonando a su marido.

Si seguimos por este camino, mucho modismo usual tendríamos que agregar a los ya referidos; pero quizás será mejor el estudio aislado de los vocablos plebeyos, y así se comprenderá mejor también el sentido con que lo usamos en esta isla del mar Caribe. Veamos:

Ajumado, da, adj. por ebrio, achispado o borracho, no es plebeyismo grosero. El *Léxico Mayor* de la Acad. no recoge sino la forma *ahumar* (y *ahumarse*, r.) por emborrachar, mientras el *Dic. Man. ilustr.* recoge la forma reflexiva *ajumarse* y también *ahumar*. Es vocablo de *germania*, muy usado también en España.

Ajumar. V. ajumado.

Aletazo. Lo mismo que *papazo* o bofetada. Es vulgar. U. en la frase *dar un aletazo*, equivalente a un *soplamocos*.

Amarrar a una persona. Fig. sujetarla y asegurarla para que no se vaya, o atraerla de modo que no pueda alejarse o apartarse de quien la solicita en amores, valiéndose para ello de hechizos y embrujamientos. Se aplica principalmente a los novios o amantes y maridos, pocas veces a las mujeres, quienes acuden a los brujos para que preparen los *embós* o hechizos y practiquen el *amarre*. Se usa la misma expresión en Sto. Domingo, según explica el señor Patín Maceo en su *Dic.* titulado *Dominicanismos*. Es expresión completamente hampesca.

Apuñalearse. Vulg. por apuñalarse, o sea *darse de puñaladas*, pero fig., porque *se apuñalea*, lo mismo en el juego que en todo trato donde se maneja dinero, quien se apropia ocultamente de partidas pequeñas para que no se noten. El jugador se da *una puñalada* cada vez que gana, pasando de un bolsillo a otro parte de la ganancia. El agente electoral que recibe periódicamente una cantidad para repartir entre los electores, se queda siempre con algo dándose así sus *puñaladas*. Es vulgar el término.

Atracarse, r. Fig. Hablar tantas necedades y tonterías que aburren al que las oye. De ahí que éste diga: *no te atraques* tanto, Fulano; como si le dijera: no te llenes o te hartes de boberías. Ya está bueno de gracias, Fulano, *no te atraques* más que ya está bueno. Fulano es un buen muchacho, pero no hablo con él porque *se atraca* demasiado. Es vulgarismo muy generalizado. *Atracarse a los golpes* es lo mismo que reñir de mano dos personas.

Bajar. Pagar. Recoge el verbo como de Cuba el *Dic. Man. ilustr.* (ed. de 1950) tomándolo del *Dic. de voces cubanas* de Constantino Suárez como de la jerga comercial. Pero no, es forma plebeya que se usa ocasionalmente por todo el pueblo, y sólo fest. por las personas decentes. Ningún comerciante se atrevería a decirle a un cliente que *baje*, o que *no ha bajado* todavía. Sería grosero y confanzudo. *Bajar* se usa también en otro plebeyismo exclusivo de rufianes y meretrices, pero tan grosero e inaudible que la pluma se resiste a escribirlo completo, tal cual ellos la usan en conocida frase.

Barín. Excelente, magnífico, en señal de aprobación: Eso está *barín*, me gusta. La Acad. recoge *barí* como de uso en Andalucía, de origen árabe el vocablo, dice. Es vocablo *caló*, aunque con otros significados. En Cuba lo recogió la jerga ñáñiga y corre como de tal procedencia bajuna.

Bayú. La Acad. recoge el vocablo como de Cuba, y define: Casa, sitio o reunión indecente u ob cena. Por di crepar en algo dice simplemente "casa de lenocinio". El *Dic. Man. ilustr.* (ed. de 1950), siempre con referencia a Cuba. *Mancebía* dicen otros. Lo cierto es que aisladamente no llamamos *bayú* a una casa de lenocinio, sino de este último modo, casa de lenocinio, mancebía, casa de prostitución, porque *bayú* decíase al lugar o zona donde se hallaban agrupadas estas casas, en *zonas de tolerancia*, o a cualquiera de ellas en particular dentro de tales zonas. Abolidas es-

tas desde hace tres décadas, se acabaron los *bayuses* en Cuba, con raras excepciones, o sea que existían todavía algunas casas de lenocinio todavía agrupadas en algún sitio o *bayú*. Por ext. sí se sigue diciendo *bayú*, fig. a cualquier lugar habitado donde haya desorden e inmoralidades. A las mujeres que vivían en las *bayuses* decíanles *bayuseras*, y hoy fig. se sigue llamando así, pero despectivamente, a toda mujer fácil que frecuente ciertos lugares de lascivia. Algunos quieren derivar el vocablo *bayú* del fr. *boyau*.

Berocos (Los). Los testículos u órganos sexuales masculinos. Es voz de la más baja extracción del plebeyismo, y, cosa rara, algunos prefieren usarla como eufemismo de su significado real, y se acepta.

Bicho o bicha (El o la). En sing. Lo mismo que *picha* (la), por el órgano viril. Procede de la *brujería*, y su uso en español, de origen supersticioso, por no mencionar la culebra.

Bilongo. Hechizo, brujería, mal de ojo. Es vocablo de *santería*. El *Dic. Man. ilustr.* lo recoge como de Cuba. Se usa en las frases: *echar bilongo, tener bilongo*, etc. El vulgo lo usa como festivo. *Bilonguero* es el hechizador o *brujo*, el que prepara y echa bilongos.

Bolo. Denominación plebeya del duro o peso; de “moneda de plata de cinco pesetas” como recoge el *Dic. Man. ilustr.* de 1950, no de “peso fuerte” como dice Santamaría. También se dice en Cuba *coco, guayo, tulipán, tolete, ojo de buey* y acaso de otras maneras que sólo andan en boca del hampa, aunque a veces asoman a la superficie en tono festivo.

Bruja, com. de dos. En Cuba ni sablista ni petardista como apunta el *Dic. Man. ilustr.* de 1950. U ase más bien por arrancado, que está sin dinero, pobre de bolsillo que no tiene donde caerse. *Ser un bruja* e ser habitualmente arrancado o pobrete; *estar bruja* indica una *brujería* accidental o pasajera: Ven mañana, que hoy estoy *bruja*.

Bueyes (Los). Los pies de las personas. Usase festivamente. Oye, Juan, te has fijado en *los bueyes* que tiene e e hombre? *Dar agua a los bueyes* se dice por lavarse los pies. V. Ñames.

Cacho, por pedazo pequeño de alguna cosa, según recoge la Academia, tiene mucha semejanza con el *cachu* de los bables y el *cacho*

de los gallegos; pero en Cuba no hay persona decente que diga dame *un cacho* de pan o de otra cosa; considerándose grosera la forma, en vez de pedazo.

Cachorro, rra. Se usa en Cuba despectivamente por soberbio o *perro* y orgulloso, cualidades contrarias a toda humildad. Era el trato de los amos para sus esclavos y sirvientes engreídos, y aún se usa para calificar a ciertas personas altaneras. *Cachorrada*, que el *Dic. Man. ilustr.* recoge como de uso en Venez., lo es también de Cuba y P. Rico, análogo a *perrería*.

Calentarse. Entrar en deseos lúbricos un hombre o mujer. — *Calentar* a una persona es provocarla o estimularla en tales deseos, ya con palabras, con el tacto o en entrambas cosas a la vez, hasta despertarle la lujuria.

Caliente (Ser). Dícese de la persona lujuriosa, fácilmente excitable, predi puesta siempre a los deseos lúbricos. *Estar caliente*. itua-ción de lujuria en que se halla accidentalmente una persona.

Canillas. pl. por pantorrillas recoge la Acad. para Colombia; pero en Cuba también, como en Sto. Domingo decimos igual a las pier-nas flacas, usándose mucho el vocablo como festivo y despectivo para toda mujer. Es tomado de la germanía.

Canoas (Las), pl. Plebeyismo usado por *los zapatos*, sobre todo cuan-do son grandes o anchos.

Caña. Dícese por la canilla del brazo, pero fig. en la expresión *tener caña* o tener *mucha caña*, equivalente a *tener muñeca*, tener pu-ño, o sea fuerza. De algunos hombres valentones y forzudos se dice *que tienen la caña muy dura*, por *que pegan bravo*, duro. *Meter caña* es empujar, forzar una situación. *Meterle a uno la caña* es pegarle duro, golpearle. *Meterse en caña* es emborrachar-se. *Meterse un cañazo* o un cocotazo es tomarse un trago. Todas son formas plebeyas, hampescas.

Carne. Usase por mujer en diversos sentidos: Hermosa o vistosa, al decir un hombre a otro: mira, Fulano, qué *carne* viene por ahí También se emplea por la amante o querida de otro, siempre en sentido de encomio, contrariamente a *pellejo* o bacalao. Gallina, hembra.

- Cascársela. Masturbarse. Es vocablo de germanía que muchos usan por *hacerse*...
- Casco. Mujer cualquiera, flaca y fea, de negativa atracción personal. Es vulgar entre los hombres.
- Cintura. Plebeyismo aplicado al hombre que presume de ganarse fácil a las mujeres con sus engaños y zalamerías; de tener buena cintura. Lindón que no trabaja: *Está hecho un cintura*. Es vulgar.
- Cocoricamo (Tener). Expresión ponderativa usada como término de comparación en todos los casos: Eso *tiene cocoricamo*.
- Cocorioco. Término de comparación usado para expresar la fealdad de una persona: *Parece un cocorioco*, es más feo que *un cocorioco*.
- Cocorotina (La). La parte más alta de la cabeza, hacia atrás. Es festivo el vocablo.
- Coger. tr. Con referencia a una mujer, gozarla, disfrutarla carnalmente, dormírsela. Es plebeyismo puro.
- Coger punta. Aprovechar lo que se pueda de una mujer cuando se la tiene junto a sí; bien tocándola, besándola, sin hacer cosas mayores. Es vulgar.
- Cogida (Una). Dícese al hecho de contraer una enfermedad venérea: A él que estaba tan contento, *le dieron una cogida!* Es palabra tomada de la germanía, pero de uso muy bajo.
- Coñear. tr. Chancear, burlar a otro. Usase más como r. por burlarse. Es procedente de la germanía.
- Cortar el bacalao. Influir más que otro alguno en un negocio cualquiera: ser el que decide, el que más manda, *el que corta el bacalao*. Es modismo vulgar.
- Cortarse con vidrio inglés. Expresión eufemística que se aplica al hecho de poner una persona su pie sobre una plasta excrementicia. Es expresión fam. y festiva.

- Cosita (La). Así llaman las mujeres al órgano genital de los niños. También le dicen *pipí*, *el pipí*. Es voz de germanía por inocente o pazuato. Dícenle así hasta los cinco o seis años. También *pipí*.
- Cuero. Mujer flaca y fea. Lo mismo que pellejo, pesca (d)o, bacalao, picú (d)a, casco.
- Culo. El ano propiamente; pero por extensión se aplica a las partes pudendas de la mujer. Entrambos casos resulta grosero el vocablo, tan usual entre la gente del hampa.
- Cúmbila. Compañero de diversiones y desvergüenzas; amigo de toda intimidad y confianza para correrías y fiestas. Es vulgar.
- Cundango. Plebeyismo usado por sodomita o maricón, pero de cierto carácter eufemístico, lo mismo que *pájarò*.
- Cureña. (Dar). Lo mismo que correr precipitadamente como el que huye. Dar *sánsara*, dar *pezuña*. Hampescos todos.
- Charco (Cruzar el). O atravesar el charco; porque *charco* es mar en el lenguaje de la germanía. Es muy corriente la frase en Cuba, y es de uso general.
- Chévere. Cheche, pitre, jaque, sabrosón.
- Chicharrón. Así decimos en Cuba al chota o delator, al soplón y adulator servil. El *chicharrón* sopla o delata por adular. Usamos aquí el infinitivo *chicharronear*, hacer el papel de chicharrón..
- Chingar. Fornicar. Vocablo de germanía muy plebeyo que se usa en Cuba con una ligera variante inicial.
- Chirona. Cárcel. prisión: Es vocablo de germanía que recoge el Diccionario Mayor de la Academia, aunque sin el signo de *Germ*. Está arraigado en el lenguaje común. Lo metieron *en chirona* y allí acabó sus días.
- Chivar. Molestar, fastidiar, majaderear: Calla a ese niño y dile que *no chive* más. Como r. equivale a sufrir perjuicios, daños o contrariedades: Por fin jugué a la lotería, pero *me chivé*, el billete no salió. Es vulgar.
- Chivón. Majadero, mortificón, amigo de chivar.

Chola, que recoge para Galicia el Diccionario de Valladares, es el casco de la cabeza, y también capacidad, juicio; equivalente a cholla, según la Academia. En Cuba corre el vocablo como vulgar y festivo, por cabeza. Procede de germanía.

Chulear. Practicar la chulería o rufianería.

Chulo. Rufián, explotador de mujeres de mal vivir. Es vocablo bajuno, pero generalizado. Que ejerce la chulería.

Dar tusa. Lo mismo que huir, que dar cureña. V. Cureña.

Destarrarse. Sufrir un grave accidente, comparado al buey que en caso análogo pierde los tarros o cuernos. Es vulgar.

Dormirse a una mujer. Cohabitar con ella.

Ecobio. Compañero, camarada. Procedente de la jerga ñáñiga, va introduciéndose poco a poco en el lenguaje común de los cubanos.

Echarle a uno el muerto. V. *Supra*.

Echarle a uno los caballos. V. *supra*. Es vulgar.

Echarle fresco a uno. Reprender ligeramente a una persona.

Echarle maloja a uno. V. *Supra*.

Echarle tierra a un asunto o negocio. Acabarlo, darlo por terminado sin más averiguaciones. Es vulgar.

Echar un palo. Realizar un solo acto carnal. Plebeyismo de lo más obsceno.

Empapayarse. Estar *empapayado*, esto es, estar muy metido con una mujer, estar perdido por ella. Dícese también estar *enverracado*, o hecho un verraco.

Encabronarse. Ponerse cabrón o cabrona; molestar, airarse y ponerse de muy mal humor. Encabronado, da. pp. de encabronar, o encabronarse. Es vocablo plebeyo de mucho uso en España, lo mismo que su primitivo cabrón.

- Encachorrarse, r. Ponerse cachorro. Lo mismo que emperrarse.
- Encañarse, r. Emborracharse, meterse en caña, en aguardiente. Es vulgar.
- Encoriocos, pl. Los zapatos. Procedente de la jerga ñañiga, vase generalizando en el pueblo.
- Está como plátano para sinsonte. Se dice a la mujer extremadamente bella o hermosa que ya no puede serlo más, porque se está *pasando* del límite, como el plátano maduro. La expresión completa es: Está *pasada* como plátano para sinsonte, y de ahí la frase corriente: está *pasá* esa mujer. Es vocablo festivo entre los hombres.
- Estar con la luna. Lo mismo que estar con las reglas o el período. Es aplicable, desde luego, a las mujeres en lenguaje bajuno.
- Estar de mala leche. Plebeyismo grosero, por estar de mala suerte, y, en consecuencia, de mal humor.
- Estar en la fuácata. En la mayor penuria, en el mayor aprieto económico. Dicese también *estar en la prángana*, *estar en la tea* (o en la incendiaria), todas formas vulgares.
- Estar en la guanábana. Lo mismo que pegado al jamón o a la teta.
- Fajón (Dar un). Fajarle a una mujer, en el sentido de irle al brío, de entrarle a ver si se consigue algo de ella.
- Faroles (Los). Los ojos, lo mismo que las linternas. *Apagarle un farol* a una persona es abollarle un ojo de una bofetada.
- Fletear (De flete). Deambular una mujer, generalmente de noche, buscando *flete*, esto es, hombres de la ciudad que la ocupen y retribuyan. Es plebeyismo, igual que *flete* y *fletera*, como se dice a la mujer que deambula de noche buscando ocupaciones.
- Frita (La). Por *los fijos*, o *el ajiaco*, o la *botuba*, los trozos, esto es, la comida en lenguaje plebeyo.
- ¡Fuácata! Interj. con que se expresa un golpe o choque, un impacto violento.

- Gallina, f. Tórnase por mujer, por hembra, sobre todo cuando tiene atractivos como tal. U. c. fam. y festivo, pero es de origen hampesco.
- Gorra (Pegar la). Comerle gratuitamente la comida a cualquiera, sobre todo no siendo invitado. Es vulgar.
- Grillo. Nombre que se da a cualquier mujer extremadamente flaca y de pocos atractivos. Es vocablo plebeyo.
- Guataca (Parar la). Poner el oído atento, prestar oído a lo que se dice. Habla del hampa.
- Guayabito. Lo mismo que rufián o chulo. Es plebeyismo, de origen ñáñigo.
- Habitante. Nombre que se aplica despectivamente a un sujeto cualquiera que deambula. Otros le dicen *buche*.
- Hacer la pala. Lo mismo que *hacer la muela*, que *hacer el paripé*, por disimular. V. *Supra*. Es vulgar.
- Hacerse la paja. Masturbarse. Es frase sumamente grosera.
- Harina. Con el significado de dinero o plata es muy antiguo en Cuba, pues ya el poeta Plácido cantó hace un siglo en una letrilla: *El que tiene harina, camina*. Es antillanismo conocido. Es más plebeya *manguá*.
- Hueso (La sin), por *la desosada*, como llama a la lengua la germanía.
- Indiana (Una). Una mujer cualquiera, o aquélla a quien se hace referencia sin nombrarla: *La indiana* de quien hablamos.
- Jamar. Comer, traído de la germanía. La *jama* es la comida. Recoge este verbo la Academia, pero sin expresar su origen.
- Jeringar. Molestar, fastidiar, joder. U. t. c. r. Lo recoge la Acad., pero tampoco dice su procedencia. Es vocablo de la germanía. *Jeringa* se toma por molestia o fastidio.

Joderse, r. Perjudicarse, sufrir un daño, un contratiempo de cualquier naturaleza, no salir como se esperaba en un asunto o negocio. Es muy común en boca de los hombres, pero grosero siempre.

Kilo. Usase comúnmente por centavo, que es su verdadera denominación.

Lea. Prostituta, ramera. V. *Supra*.

Madre (No tener). Por no tener dignidad, ni decoro, ni vergüenza. Es grosero plebeyismo muy generalizado. *Mentar la madre*. Ofensa gravísima, por lo obscena, donde se le llama p. y más aún.

Majá. Holgazán, perezoso, poco inclinado al trabajo. Es vulgar. Usanse las formas *majasera*, *majasería* y el infinitivo *majasear*. También *majaseo*.

Majagua. En flus o terno de casimir o paño.

Maleta. Corcova o jiba. Dícese *maletudo* al corcovado. Es vulgar.

¡Mal rayo te parta! Maldición muy común que en forma optativa está muy generalizada entre nosotros para desear a otro el mayor de los males. A veces dice: *mal rayísimo te parta*, diantre.

Maricón. Sodomita pasivo. Cundango, pájaro. Todos plebeyismos groseros. Usanse las formas *mariconada* y *mariconería*.

Matar la vieja. Lo mismo que matar el hambre vieja que se tiene.

Meterse el ajíaco, la frita, los trozos, los frijoles o los cochinos garbancos equivalen a lo mismo en boca del hampa cuando se tiene hambrusia.

Nananina. Nada, e igual *nanina*. En Santo Domingo dicen *natintole*, del inglés *nothing at all*, absolutamente nada.

Ñinga. V. lo que ya dijimos *supra* acerca de esta palabra.

- Ojo de buey. Algunos llaman así festiva y fam. al duro o peso de plata. Es frase de la germanía aquí arraigada, y lo mismo en España.
- Oribamba, m. El orificio o ano. Es vocablo que sólo se oye en los bajos fondos.
- Papo. Organo sexual femenino. Tomado de la germanía, hase generalizado en todas partes. En Cuba es sinónimo de bollo.
- Papiro. Billeto de banco recoge la germanía, y el hampa cubana lo traduce por billete amonedado común, aunque corruptamente dice *pápiro*, esdrújulo el vocablo.
- Pararle a uno la jaca. Contenerlo a tiempo y no permitir que se desboque o desmande.
- Pega. Ocupación o trabajo, labor, tarea, empleo. Es vulgar.
- Pelada (La). Así dicen muchos a la que otros llaman *La Pelona*, o sea la muerte, pero dicen *la Pelá* en lenguaje plebeyo.
- Polla (La). En Cuba, como en España, así designan al órgano genital del varón. Proviene de la germanía, y es vocablo muy grosero en su empleo, ya que sólo se oye en boca de gente muy plebeya.
- Puñetero, ra. Bribonzuelo, majadero, amigo de fastidiar.
- Putona. Nombre que se aplica, así sustantivado, o en su forma adjetival, a la mujer amiga de sandungas y zalamerías, coquetona y ligera de cascos, sin ser puta. Es vocablo fam. y fest.
- Rascabuchear. Mirar y observar sin recato alguno y con encubierta presencia, los actos íntimos de las mujeres para descubrir sus secretos, procurándose un placer con ello el *rascabucheador*.
- Satería. Conjunto de actitudes del sato o sata. Sandunga, coquetería extremada que gastan algunas mujeres delante de los hombres.
- Sato, ta. Dícese principalmente de las mujeres extremadamente coquetas, que se ridiculizan pintándole fiestas a los hombres.

Templar. Cohabitar, practicar el coito. Dícese principalmente con relación al hombre respecto de la mujer.

Titingó. Bullicio, escándalo sobrevenido por cualquier motivo. Cuando empieza, siempre hay quien diga: *Se formó ya el titingó* y allá va la policía.

Tortilla (Hacer). Placer sexual a que se entregan las mujeres entre sí practicando un coito tan anormal como imposible, como si fueran de sexo diferente.

Tortillera. La mujer que hace tortilla o tiene ese desenfrenado y obsceno vicio.

Vidrio inglés. El excremento humano en lugares exentos. *Se cortó con vidrio inglés* se dice al que descuidadamente pisó una de estas plastas.

¿Creerá el lector que hemos enumerado todos los plebeyismos usados en Cuba? ¿O que hemos relacionado todos los que hemos considerado *tolerables* o aceptables? Nada de eso. Los bajos fondos sociales constituyen siempre un depósito o reserva inagotable de palabras y frases cuyo origen es desconocido para la generalidad, pero del que brotan constantemente nuevas formas de elocución que no están siempre al alcance de todos. ¡Y qué formas algunas de ellas! Pero basta de citas de vocablos tan repugnantes e indignos hasta del papel en que se escriben y de nuestro lenguaje más aún, ninguno de los cuales interesa conocer más que al filólogo y lingüista, quizás para iniciar con ellos un estudio comparado de las diversas *nampas* americanas, hasta ahora no abordado que sepamos. Sólo nos resta, al terminar, decir una sola vez y que valga por todas, por respeto al lector, la consabida frase de antaño cada y cuando se pronunciaba una palabra o frase no muy agradable al "olfato", y que tanto repetía Cervantes: *con perdón*; esto es, dicho sea todo esto con perdón que pedimos a los consecuentes lectores de tanto plebeyismo.

La Habana, octubre de 1953.

ESTEBAN RODRÍGUEZ HERRERA.